

# EL ECO DEL ÁGÜEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *Dido, Feliciano Lopez*.—II. *El pozo de la amistad, Dionisio J. Delicado y Rendon*.—III. *Mi criado, Andrés A. Benitez*.—IV. *El padre, M. Catalina*.—V. *En un abanico, J. Novo y Garcia*.—VI. *Así es el mundo, J. Sanjurjo*.—Noticias.—ANUNCIOS.

## LITERATURA.

### DIDO.

Esta reina desventurada habia visto el fin trágico de su esposo, muerto por la astucia de su hermano Pigmaleon. Deja inconsolable la tierra testigo de aquella perfidia, llega á Africa, y levanta la ciudad de Cartago. Allí apacienta su dolor y sus recuerdos en medio del esplendor de su rango, y la hija de reyes, la que se veia reina tambien de una ciudad opulenta y fuerte, la que deslumbra la vista de su pueblo con el brillo de su hermosura y con las riquezas de Sidon, conserva en su corazon la herida que abriera un amor sin ventura. ¡Raro ejemplo de constancia! Porque los tiernos afectos no se nutren por lo comun en el bullicio y entre los halagos de la fortuna y del poder, y si en la soledad y en el retiro en que el alma se concentra. Son como los aromas, que permanecen con toda su virtud mientras que están encerrados, pero que la pierden y se evaporan cuando se ponen en contacto con el aire libre: son como los ecos de una voz doliente que bien pronto se pierden en el espacio y que solo reflejan sobre las solitarias paredes de los monasterios ó en las concavidades sombrías de los sepulcros: imitan á la triste tórtola que llora su viudez en lo más retirado de las selvas, pero que no tiende jamás su vuelo sobre las inmensas y bullidoras llanuras de los mares. La fortuna y el esplendor son las aguas del Leteo, que borran la memoria de lo pasado. Pero Dido estaba destinada á servir de escepcion á esta regla, desgraciadamente hartó comun. Mil

reyes piden su mano, y otras tantas repulsas responden á su ruego. Entre ellos Hiarbas se muestra ofendido, y guia sus pasos á la venganza. Sitia á Cartago y va ya á apoderarse de ella, cuando su reina por no recibir otro esposo, ni faltar á la fé jurada al primero, se arroja á una hoguera, y deja leves cenizas al vencedor por todo trofeo de su triunfo.

¡Cuántas mujeres presentarán hoy un ejemplo de virtud tan heroica? Pocas serán por cierto: porque la mujer, que es la flor que hallamos en medio de los abrasados arenales de la vida; la mujer, que es un ángel bajado del cielo para tejer nuestra felicidad ó adormecer nuestros dolores, es frecuentemente ligera é inconstante; su pensamiento y su voluntad giran como la veleta que oscila sobre la aguja de los campanarios, y sus impresiones fugitivas se borran con la misma facilidad que la huella que dejamos sobre la playa lamida sin cesar por las olas. Pero Cartago debia revelar al mundo desde su origen, en el valor magnánimo de su reina, los brillantes destinos que le estaban reservados en el porvenir. Los muros que debian ser la cuna de los que algun dia vencerian á Régulo; que habian de ver salir de sus cimientos, como sale el robusto roble de las entrañas de las peñas, al grande Annibal, que después de atravesar los Alpes habia de deshacer en Cannas las legiones romanas; que habian de sembrar la consternacion y la rabia en la ciudad señora del mundo hasta hacerla pronunciar aquella fórmula impía de *Delenda est Cartago*; que habian de producir mujeres que peleasen al lado de los hombres, y que cortasen las trenzas de sus cabellos para que sirviesen de cuerda á sus arcos; que habian

de contar entre ellos á la magnánima esposa de Asdrúbal, que viendo á su marido rendirse, da de puñaladas á sus hijos y se arroja con ellos á la hoguera; los muros, por último, entre cuyas ruinas había de encontrar algun día un momento de consuelo el perseguido Mario: estos muros, decimos, destinados á tan grandes hechos, debian ofrecer á la posteridad un modelo de decision y abnegacion sublime en su reina Dido.

Pero, oh injusticia del destino! Ese mismo Annibal tuvo que envenenarse para sustraerse á las avaranizas de los romanos, y el conquistador de Cartago murió tambien desterrado, leyéndose sobre su sepulcro aquella sentida y rencorosa inscripcion: «Ingrata patria mia, no tendrás tú mis huesos.»

Virgilio ha querido formar un episodio en el libro IV de su *Eneida* con la historia de Dido, y la ha desfigurado segun convenia á su propósito. No ha faltado en ello á las reglas, porque en el poema épico basta que la raiz sea histórica, aunque su desenvolvimiento venga á ser fantástico. Ha cuidado sobre todo de no rebajar á Dido, pues si bien la pinta enamorada de Eneas hasta el punto de matarse cuando aquel la abandona, la hace ceder á una fatalidad inevitable, y reúne nada menos que las instancias de su hermana, el interés y el peligro de su país, y un pacto entre Juno y Venus para llevar al héroe troyano y á la reina de Cartago á una cueva solitaria, en medio de la tempestad, y formar allí las bodas entre el retumbar del trueno y el imponente aspecto de la naturaleza.

Sin embargo de que Virgilio nos pinta con su admirable pincel la mujer de sentimiento, la mujer de corazon, no es esta con todo la Dido que nos presenta la historia: en esta se encuentra una página de oro escrita en su memoria, y la reina de Cartago es entre las mejores el más digno modelo de imitacion.

FELICIANO LOPEZ.

### EL POZO DE LA AMISTAD.

Allá en tiempos de antaño, cuando gobernaba á Toledo el generoso huésped de Alfonso VI Almenon, habitaban la imperial ciudad tres hombres á quienes el destino habia hecho amigos, á despecho de la diferencia de carácter, edad, origen y religion que los separaba.

Era el primero de ellos un mercader judío, llamado Elias-ben-Idum, viejo afable, pacífico y virtuoso, si bien un tanto avaro, á creer á los maldicientes; tan sumamente escrupuloso en la observancia de su religion, que aunque no poseía ni mucho menos el valor de Judas Macabeo, hubiera afrontado la muerte sin vacilar ántes que trabajar

en sábado ó infringir cualquier otro precepto mosaico. Habia nacido en Túnez, y venido hacia ya más de veinte años á Toledo, donde allegaba cuantiosas ganancias con sus mercaderías.

Llamábase el segundo Sancho Cabrera, cristiano viejo aunque no llegaba á los treinta años. Cazador de oficio y soldado de ocasion, lo mismo disparaba una jara contra un ciervo, que manejaba la pica contra árabes ó cristianos con tal de que se lo pagasen bien. Mitad montero, mitad almogavar, era valiente, rudo y muy poco escrupuloso de conciencia en asuntos profanos, pero tan temeroso de Dios y tan ferviente católico, que hubiera atravesado con su cuchillo al que en su presencia se hubiera atrevido á hablar con poco respeto de su religion. Cinco años ántes de la época en que comienza nuestro relato, habia abandonado á Zamora, su pueblo natal, porque los *Merinos* del Rey D. Sancho de Castilla se habian empeñado en divertir á los zamoranos, haciéndole bailar en medio de la Plaza, pendiente de una cuerda, bajo pretexto de que cazaba, siendo villano, sin permiso de su señor ¡Como si para matar un jabalí se necesitase una ejecutoria ó un privilegio, ni otra cosa que una buena ballesta y certera puntería!

El último de nuestros amigos era un noble musulman que desde Damasco habia venido á España, atraído de la fama de fertilidad y hermosura del país, de la elevada cultura y civilizacion de sus moradores. Frisaba en los cuarenta años Amet-al-Xamsin, que así se llamaba, y era generoso hasta la prodigalidad, instruido hasta la sabiduría; pero tan descuidado en el cumplimiento de las prácticas religiosas, que daba lugar á que lo motajasen de incrédulo. Amet bebia vino, comia jamon y hasta se decía que habia aprendido á pintar; pecados que no le perdonaban sus correligionarios, sobre todo el de la pintura, horroroso sacrilegio, crimen de idolatría condenado por el Profeta.

Imposible parece que con tales condiciones simpatizasen estas tres personas hasta el punto de hacerse amigas, y sin embargo, nada más cierto si no mente el viejo pergamino en que he leído esta historia. Bien es verdad que en sus conversaciones procuraban evitar todo lo que se refiriese á sinagoga, iglesia ó mezquita y en cuanto á lo demás, ninguno se oponía á que el otro alabara el comercio, la caza ó el estudio. Por otra parte, los árabes de aquellos tiempos, que llamamos bárbaros, practicaban la libertad religiosa é igual amparo daban al Talmud que al Evangelio y al Coran. Los súbditos de los reyes andaluces aprendian de sus gobernantes á respetar todos los cultos, así el de Moisés como el de Jesús y el de Mahoma.

Una vez conocidos los personajes de mi cuento y sus respectivas condiciones, entremos en materia.

\* \* \*

Un sábado por la mañana, despues de haber hecho Elias sus oraciones, arrollóse el *thaled* á la cabeza, cerró la puerta de su tienda y salió á la calle diciendo: hoy es dia de fiesta, el sol resplandece que es un contento, el aire es tibio y perfumado, estamos en Abril y el campo debe demostrarse delicio-

sísimo; vamos á dar un paseito por las afueras de la ciudad.

Y acompañando el dicho con el hecho, nuestro hombre atravesó la Judería, cruzó un laberinto de estrechas callejuelas y vióse al cabo fuera de Toledo.

Habría andado escasamente un cuarto de legua, cuando hirió su oído una voz lastimera que pedía socorro. Detúvose un instante para averiguar de dónde salía, y luego que lo hubo logrado, se dirigió á aquel sitio, no sin que el miedo empalideciese su rostro y agítase convulsivamente sus miembros.

Era un barranco de poca profundidad, pero suficiente para que un hombre que allí cayera no pudiese salir sin auxilio ajeno, porque sus lados eran casi verticales y tan lisos que no presentaban la más pequeña prominencia, la más pequeña hendidura donde fijar los pies y las manos.

Cuando Elías se asomó á la boca del pozo, que bien merecía tal nombre el barranco, vió dentro de él á un hombre tendido y apoyada la cabeza sobre la mano derecha, mientras que con la izquierda golpeaba el cadáver de un corzo. — ¡Ah, maldito, decía, tú tienes la culpa, si yo no hubiera cargado contigo, no hubiera resbalado ni...

En este punto se interrumpió para alzar la cabeza, y reparando en Elías, que se hallaba al borde del derrumbadero, exclamó alegremente: — ¡Cuerpo de Cristo! ¿Sois vos, compadre Elías? ¿sois vos? ¡Gracias al diablo que ha venido un amigo á sacarme de esta maldita ratonera!

Elías reconoció á Sancho Cabrera. — ¡Hola! le dijo ¿Qué os pasa? ¿cómo os hallais ahí? ¿habeis caído? ¿os habeis hecho daño? ¿hace mucho tiempo que estais ahí abajo?

— ¡Friolera! Desde ayer al anochecer. He pasado una noche de perros.

— ¡Pero ¿cómo ha sucedido eso?

— Vos sabeis que el viernes por la mañana salí de caza, porque me visteis pasar por delante de vuestra tienda con la ballesta al hombro...

— Sí, sí, me acuerdo.

— Pues bien, en todo el día no pude matar más que esto, y Cabrera extendió su mano para indicar el corzo que estaba á sus pies. Cargué con él, la noche me sorprendió en el camino; sin embargo, no pensé detenerme, porque apenas distaba un cuarto de legua de Toledo y apretando el paso podía llegar antes que cerrasen las puertas. Tomé el atajo, y como estaba oscuro y yo caminaba muy de prisa, resbalé, caí y aquí me teneis en este hoyo como lobo en trampa. Ya lo sabeis todo, ahora hacedme la merced de arojarme vuestro ceñidor, yo me asiré de él y ayudándome vos, saldré de este agujero.

Disponíase Elías á hacer lo que Sancho Cabrera le decía, con tanto más placer cuanto que tal favor no costaba dinero; pero de repente se detuvo, su escrupulosa conciencia empezó á argüirle sobre la accion que se proponía ejecutar. Hoy es sábado, se dijo, mi religion me prohíbe trabajar. ¿Qué es lo que iba yo á hacer?

— ¡Eh, maese Elías! ¿Qué diablos pensais? ¿no os moveis? le gritó Sancho Cabrera al verlo tan meditando.

— No puedo, contestó el hebreo.

— ¿Cómo que no? ¡Que no podeis moveros! ¿Y por qué?

— No, no es eso. Digo que ahora no os puedo sacar de ahí; aguardad á que haya anochecido.

— ¡Buena es esa! ¿Por qué he de aguardar á la noche? ¿os burlais? ¿os parece que diez y seis horas no son bastantes para saber lo agradable que es una cama como esta?

— No puedo ayudaros, amigo mio, no puedo hoy. Es sábado. Bien sabe Jehová cuánto lo siento.

Inútil fué que Cabrera suplicára, jurára y amenazara. Elías no se ablandó. Sus sentimientos le decían: «Salva á tu amigo,» pero sus creencias le gritaban: «Es sábado, no trabajes,» y en tal combate sucedió lo que sucede casi siempre, la cabeza derrota al corazon. Elías se sentía débil para seguir luchando; temía faltar á sus deberes si permanecía allí más tiempo, y para evitarlo se alejó, aunque con el propósito de volver para salvar á su amigo tan luego como anocheciera.

Apenas se hubo puesto el sol, el mercader israelita, provisto de una cuerda, salió de su casa y encaminóse al barranco. El gozo le embargaba, porque ya podía, sin cometer pecado alguno, ayudar á Cabrera; así es que apenas llegó empezó á gritar: — ¡Estás ahí, amigo mio? ¡Ea, ánimo! que ya puedo sacaros sin escrúpulo. Ahí vá la cuerda, asios á ella y trepad sin miedo.

Pero sus voces no obtuvieron respuesta. Dormirá tal vez, dijo para sí, y añadió esforzando sus gritos: — ¡Sancho! ¡Sancho! despertad, aquí estoy ya. Nadie le contestó. Elías comenzó á sentirse mal. ¿Se habrá muerto? ¡Ah! yo tendría la culpa, yo solo, que le dejé sin compasion cuando aún podía salvarlo; y el honrado hebreo, al decir esto, se mesaba la barba con dolor. ¡Sancho! repeta, ¡y no lo veo! ¿Si habrá salido ya y me estoy aligiendo sin motivo?

Elías se inclinó entonces para examinar el fondo del barranco; la oscuridad de la noche no le dejaba ver donde ponía el pié y resbaló. Dió un grito, cerró los ojos y sintió un sacudimiento terrible.

Habia caído en el barranco. Cuando se repuso algun tanto de su terror, trató de buscar á Cabrera, pero Cabrera no estaba ya allí.

Á la mañana siguiente, Sancho Cabrera, vestido con su traje de día de fiesta, porque era domingo, despues de oír misa devotamente, salióse á pasear por las afueras de Toledo. Al pasar junto al barranco, volvió la cabeza instintivamente y exclamó: ¿En qué diablos estaria yo pensando cuando caí? Sin duda venia durmiendo. ¡Voto á... que anduve torpe para cazador! Y no se me puede olvidar: ¿quién hubiera podido creer que Elías se negara á favorecerme bajo un pretexto tan fútil? Con razon dijo el proverbio, que los amigos se conocen en el infortunio. No me engañará más. Si no hubiera sido por Amet-al-Xamsin, creo que estoy en el pozo hasta el día del juicio final... pero ¿qué diablos suena por ahí? ¿Quién llora? ¿Habrá caído algun otro en el pozo? Sería chistoso.

Al concluir su soliloquio, acercóse Cabrera al barranco y distinguió al pobre Elías que yacía en el fondo, molido del golpe y tiritando de frío.

— ¡Yo soy, yo soy, infeliz de mi, que he caído en

el pozo por querer sacaros, Sancho! decia con quejumbrosa voz.

—¡Hola! ¿Con que sois vos? ¡vive Cristo que me alegro! Dios os ha castigado por desampararme, cuando tan poco os costaba tenderme una mano. ¡Que habeis caído en el pozo por sacarme de él! A otro perro con ese hueso. ¿Pensais que comulgo con ruedas de molino? ¿No me dijisteis desde aquí, dónde yo estoy ahora? «No puedo, no puedo trabajar, aguardad á que anochezca» y Cabrera remedaba cómicamente á Elías.

—Pero despues, cuando hubo anohecido, replicó éste con tono compungido, volví con una cuerda para sacaros; vedla, no miento. Por caridad, ayudadme á salir. Hace diez y seis horas que estoy aquí, descoyuntados los huesos y aterido de frio.

—¡Pobrecillo! pensó Sancho Cabrera, no me engaña, yo veo la cuerda. De seguro que á no ser sábado, me hubiera sacado inmediatamente, no me cabe duda, porque apenas anoheció, apenas fué domingo...

La palabra domingo despertó en Cabrera una idea. Él no me quiso ayudar en sábado por que en este dia no puede trabajar, y creyó que si en mi presencia infringía un precepto religioso, yo iba á menospreciar su religion, pues yo tampoco debo ayudarle hoy. Él sabe que los cristianos no pueden trabajar en domingo si yo trabajo... ¡eh! no, él me ha dado el ejemplo.

Como se vé, en el razonamiento de Sancho Cabrera no entraba por nada la venganza, pero entraba por mucho la vanidad, el deseo de hacer ver á Elías que no eran sus correligionarios los únicos que sabian cumplir con sus deberes.

—Elías exclamó, luego que formara su resolucio: ¡Estoy convencido de vuestra buena voluntad y quisiera corresponderos haciendo lo que me pedís, pero me es imposible! Hoy es domingo y mi religion me prohíbe trabajar: aguardad á mañana, tened paciencia y estad seguro de que no os olvidaré.

—¡Ah! Me abandonais, replicó el hebreo, ¿os queréis vengar repitiéndome mis palabras? perdonadme, no sé lo que me dije. ¡Por piedad, sacadme de aquí! Pero las súplicas de Elías no llegaron ya á los oídos de Cabrera, que se alejó lentamente.

\* \*

El lunes muy de mañana salía Cabrera de su casa y se encaminaba al barranco para cumplir su promesa, cuando vió á Elías que venía á su encuentro.

—¿Sois vos, maese? le dijo.

—El mismo, Sancho, contestó Elías.

—Iba á sacaros del pozo, ved mi cuerda; y el cazador no traba, en efecto, una cuerda de cañamo que llevaba en la mano; pero por lo que veo, prosignió, ya no hace falta.

—Ninguna.

—¿Quién os ha sacado de allí?

—¿Y á vos quién os sacó?

—Os lo diré; nuestro amigo Amet-al-Xamsin.

—¡El mismo que á mí!

—¿De veras?

—Como lo oís.

—¡Qué casualidad!

—Yo os hubiera sacado antes que nadie, os lo juro, pero era sábado...

—Lo mismo os digo; si no hubiera sido domingo... pero la religion...

—Teneis razon, yo estoy seguro de que Amet no nos hubiera sacado del pozo en viernes.

—Yo pienso que sí, porque él no cree en su religion, ni en ninguna otra.

—Es un impio.

—Bebe vino.

—Come tocino.

—Pinta.

—¡Hola! repuso un tercer personaje que se habia acercado sin ser sentido de los interlocutores; ¡me injuriáis, me acusáis, murmuráis de mí porque os he hecho un beneficio! ¡Me alegro, por Alah! añadió riéndose. Decid lo que os plazca, llamadme incrédulo, impío, ¡bah! antes que mahometano, soy hombre; antes que el Coran está la caridad. Yo os hubiera sacado del pozo en viernes, aunque me lo prohibiera el mismo Mahoma. Para hacer bien no hay dia inhábil. Si despues de esto me creéis malo, porque no soy hipócrita, id á un *ulema rumi* y que os descifre lo que voy á deciros.

Esenchad:

*Nihil bonum est nisi quod honestum; nihil malum nisi quod turpe.*

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

## POESÍA.

### MI CRIADO.

—Mi criado es un ladron  
Parlanchin y perezoso,  
¿Y el de usted?

—Es un buen mozo,

Mudo, listo y no sison.

—¿Trabaja?

—A pedir de boca.

—¿Nunca gruñe?

—Está contento.

—¿Sirve bien?

—El pensamiento.

Me adivina.

—¡Ganga local!

—¿Se emborracha?

—Huye del vino.

—¿Retojará...?

—No hay erriada.

—¿Tendrá muy buena soldada?

—Ninguna... ¡qué desatino!

—Mire usted no sea un tuno...

—Jamás me ha puesto en aprietos.

—Mas, él tendrá sus defetos...

—Como criado, ninguno.

—¿Le ama á usted?

—Con fanatismo.

—¿No habrá otro igual...?

—¿Por qué no?

—¿Y qué he de hacer?

—Lo que yo:

Sírvase V. á sí mismo.

ANDRÉS A. BENITEZ.

### EL PADRE.

Beodo siempre llegaba  
y con tenaz insistencia  
á la mujer golpeaba;  
ella el trato soportaba  
con glacial indiferencia.  
De aquel connubio grosero,  
más que de alma, de materia,  
no fué el amor el tercero;  
fué *el vicio* el casamentero,  
la madrina *la miseria*.  
La mujer en su afliccion  
sufria ultraje y reproche  
con hosca resignacion,  
por no tener un rincón  
en donde pasar la noche.  
Y en corolario terrible  
aquella pareja extraña  
vivian su vida horrible,  
el hombre siempre irascible  
y la mujer siempre huraña.  
El gemido y el lamento,  
el terrible juramento  
y la blasfemia sin nombre,  
señalaban el momento  
de la entrada de aquel hombre.

Para colmo de su afán,  
en una noche de Enero  
sin lumbre, sin luz, sin pan,  
en medio de un huracán  
les nació un niño hechicero.  
¡Pura, nacarada frente  
expuesta al soplo del mundo,  
bautizada solamente  
por un beso negligente  
de aquel lábio nauseabundo!

El hombre al siguiente día  
vino á casa más temprano,  
embriagado todavía;  
ella al infante mecía:  
él no levantó la mano.  
Sintiéndole ella tornar,  
le dijo con tono fiero:

—«¿Qué! ¿no acabas de llegar?»

¿no me vienes á pegar?

Sácude fuerte:—¿quién espero!

¿Es el hambre más escasa?

¿El frío es ménos cruel?

Y, como siempre te pasa,

¿no vienes hoy á tu casa

repleto como un tonel?»

Y el hombre feroz, muy quedo,

más con salvaje cariño,

poniendo en la boca el dedo

dijo:—«¡Calla! ¡tengo miedo

de que se despierte el niño!»

M. CATALERA.

### EN UN ABANICO.

Si me atrevo á escribir en tu abanico  
Es porque en algo se parece á mí,  
Solo la luz del sol le da la vida:  
Si le falta ese sol le ves morir.  
Oscurecidos, tristes, olvidados,  
En el invierno estamos él y yo:  
El no luce sus galas, sus colores  
Y yo no tengo sol.

J. NOVO Y GARCÍA.

### ASI ES EL MUNDO.

Me acuerdo que una vez, cuando aprendia,  
en mi edad infantil, geografía,  
mi prudente maestro,  
en instruir muchachos hombre diestro,  
para fijar sobre mi mente inquieta  
qué forma esférica tiene el planeta  
en el que habita nuestra especie humana,  
me enseñó una manzana  
hermosa, colorada y reluciente  
que deseos me dió de hincarle el diente,  
ejemplar de ese fruto sin segundo,  
y me dijo: ¿lo ves? *Así es el mundo*.

Y comprendiendo al punto los insanos  
designios que por ella alimentaba,  
cuando ya la leccion se terminaba  
el fruto tentador puso en mis manos;  
mas al partíle alegre y presuroso  
podrido hallé aquel fruto tan hermoso,  
y con tono entre grave, triste y serio  
que ocultar parecia algun misterio,  
viendo el maestro mi dolor profundo,  
me volvió á repetir: *Así es el mundo*.

J. SANJURJO.

### NOTICIAS.

En una atenta carta que acabamos de recibir de Salamanca, el Sr. Vidar y Pinto nos ruega hagamos público que sus «pildoras febrífugo-infalibles» no se venden únicamente en la farmacia de D. Joaquin Garcia Salicio, sino tambien en la de D. Carlos Sendin á quien ha autorizado para ello.

El día 18 del corriente, á las siete de la mañana falleció víctima de una larga y penosa enfermedad, la Srta. D.<sup>a</sup> María del Cármen Sanmartín Ramon. Reciba su afligida familia la expresion de nuestro sincero sentimiento.

Ha salido para Asturias el promotor fiscal de este partido D. Ruperto Garcia Rios y encargándose de la promotoria durante su ausencia, el sustituto D. Lope Domenech Bustamante

El jueves último salieron de esta para el Escorial y los baños de Segura, nuestros queridos amigos D. Juan y D. Luis Arias.

## ANUNCIOS.

### PÍLDORAS FEBRÍFUGO-INFALIBLES

DEL DOCTOR  
D. ANGEL VILLAR Y PINTO.

Son eficacísimas para combatir las *tercianas*, *cuartanas* y *colidianas*. Se venden en esta población en la Farmacia de SENDIN á el precio de 12 y 24 rs. caja.

Los títulos de la deuda amortizable al 2 por 100 que se pagaban al 31 y 29 por 100, solo se pagarán desde esta fecha al 30 y al 28 respectivamente.

*En la imprenta de este periódico se facilitan informes.*

### Librería, Plaza Mayor, 20.

Estando este establecimiento surtiendo de toda clase de IMPRESOS á la mayor parte de los Ayuntamientos de este partido, y viendo la buena acogida que le dispensan los señores Secretarios, su dueño no ha vacilado mejorar en cuanto le ha sido posible la clase de papel, siendo la mayor parte de hilo.

Se acaba de imprimir los del REPARTIMIENTO.

MÁQUINAS PARA COSER de todos los sistemas. **AVISO** MÁQUINAS PARA COSER de todos los sistemas.

Á TODAS LAS FAMILIAS Y ARTISTAS  
QUE NECESITEN

MÁQUINAS PARA COSER  
EN CIUDAD RODRIGO.

En la calle de Talavera, núm. 1.º, las encontrarán á los mismos precios y con iguales condiciones que en Madrid, Barcelona y Sevilla. Se venden á plazos ó como mas acomode al comprador.

**PRECIOS.** Favorita, de cadeneta y mano á 200 rs.—Velo, de idem 240 rs.—Nacional, de idem de doble respunte 320 rs.—Canadense, de idem 360.—Union y Bruonia, de idem. 400.—Progreso y Victoria, de idem 500.—Wilson y Silenciosa, de pie á 600, 700, 800, 900, 1000 rs.—Siager perfeccionadas con los últimos adelantos á 700 y 800 rs.

Se vende en esta redaccion "LA ENCICLOPEDIA MODERNA" diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco de Paula Mellado.

La obra consta de treinta y cuatro tomos, de más de quinientas páginas encuadernados á la

rústica. Cada uno de los tomos que cuesta 24 rs. en provincia se dará con una gran rebaja.



GRAN BARATO EN  
RELOJERÍA.

GARANTIZADOS POR CUENTA DE LA FÁBRICA.

Se ha recibido un variado y escogido surtido en RELOJES de lo más selecto, tanto en los de sobre-mesa como en los de bolsillo, cuyas clases y precios son los siguientes:

De cuadro y sobre-mesa de última novedad, desde 80 á 400 rs.—De plata para caballero de 140 á 300 rs.—Cronómetros de idem de 400 á 600 rs.—De oro para idem de 700 á 1300 rs.—De idem con esmalte y simel para señoras, de 600 á 800 rs.

*Representante de fábrica en Ciudad-Rodrigo, SALVADOR BAZAN, Talavera 1.º*

En la calle de Madrid, núm. 26, se vende un magnífico CATRE de hierro maqueado nuevo, su valor es de 420 rs., se hace una gran rebaja.

**AL PÚBLICO.** En el acreditado establecimiento de ANGEL CUADRADO, Plaza Mayor, núm. 20, se ha recibido, entre otras cosas, un excelente y bonito surtido en CROMOS de varias dimensiones. Así mismo TARJETAS DE FELICITACION en más de cien caprichos.

Además papel para cartas de lo más elegante. De hilo, de las mejores fábricas de Aragon, Cataluña, Valencia, Sardon y otras.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptación asombrosa, la verdadera y legitima

**TINTA UNIVERSAL,**  
(EN POLVO.)

*Mercado de Ciudad-Rodrigo, 23 de Julio.*—Trigo candeal, de 41 á 43 rs. fanega.—Idem barbilla, de 39 á 40 id.—Centeno, de 25 á 27 id.—Cebada, de 18 á 20 id.—Algarrobas, de 18 á 20 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 62 á 64 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 16 rs. y ½ arroba.—De 2.º á 16 id.—De 3.º á 15 id.—De 4.º á 10 id.—Menudillo a 6 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN  
á 10 rs. el ciento.

lleno de polvo,—¡estos compradores son muy pobres ó muy ignorantes! ¡Los *Coloquios de Erasmo* impresos por Simon de Collines, en veinte florines no más! ¡oh, si yo hubiera tenido dinero no los hubierais comprado tan baratos! ¡Por veinte florines un libro como este! En fin, tomadlo, vuestro es.

—¡Mio! ¿el qué?—preguntó Magno que no comprendía bien la alocución del bibliomano.

—¡Diantre! esta joya,—respondió el viejo poniéndole el libro en las manos, no sin haberle dirigido antes una mirada codiciosa acompañada de un profundo suspiro.—¡Por veinte florines! ¡y no haber mejorado nadie vuestra postura!

—¿Cómo mi postura? ¡pero si yo no he desplegado los labios!

—¿Os chanceais, señor baron? ¡pues no ofrecisteis de un golpe ocho florines sobre los doce á que habia llegado Herman el librero?

—¿Yo?

—Vos, sí.

—¡Yo!—repitió Magno recelando ser objeto de una broma pesada, por que estaba seguro de no haber abierto la boca en toda la mañana.

—Vos, vos, preguntádselo á esos señores,—replicó el viejecillo asombrado de lo que oía y estendiendo el brazo hácia la muchedumbre.

Pero esta se hallaba demasiado preocupada con la venta para intervenir en el singular debate que se habia suscitado á sus espaldas. No obstante, algunos curiosos se acercaron para afirmar lo que quizá no habian visto ni oido. En las grandes reuniones siempre se encuentran testigos para todo.

—De manera que he comprado un libro,—dijo Magno pasándose la mano por la frente,—¡hum! mucho lo dudo, pero despues de todo, es posible que lo haya hecho sin saberlo.

Su desprendimiento, su extravagancia y más que nada su pereza le mandaban que creyera á puño cerrado, porque al fin y al cabo, algun trabajo suponía aunque fuera poco, el tratar de averiguar la verdad.

—¡Ea, pues, dadme el libro y hacedme el favor de pagarlo,—contestó á su interlocutor.

Y tomando los *Coloquios de Erasmo*, entregó al viejo veintitres florines, es decir tres más de lo que habian costado. Luego salió lentamente de la casa, reflexionando que no debía permanecer allí más tiempo, porque se esponía á comprar todos los libros de la almoneda sin darse cuenta de ello.

## V.

Una vez en la calle, metióse el Erasmo en el bolsillo y continuó su interrumpido paseo. Jamás habia experimentado tan extrañas alucinaciones, tan locos desvarios, como los que entonces se apoderaron de su ánimo. Tan léjos le condujeron, que al ponerse el sol echó de ver que durante muchas horas habia seguido el curso del Mein y se hallaba á pocos pasos del castillo de su tío el margrave de Gothemburg.

Era este un pariente á quien Magno visitaba [muy de tarde en tarde, no solo porque reunía diariamente en su casa una numerosa tertulia, sinó tambien por que era el padre de la hermosa Berta, aquella niña hechicera, de quien huía el jóven baron para correr tras la ciencia, coqueta que mantiene siempre vivos los deseos de sus amantes porque jamás les descubre sinó una parte de sus encantos.

Durante su largo paseo, Magno habia observado un fenómeno inesplicable; el libro de Erasmo pesaba de una manera excesiva, de una manera que no estaba en relacion con su materia y su tamaño, tanto, que se habia visto obligado á sacarlo del bolsillo y á llevarlo tan pronto en una mano como en la

otra. Aquel embarazo habia concluido por hacersele hasta tal punto insoportable, que más de cien veces estendió el brazo para arrojarlo al rio, pero en vano siempre, por que sus dedos pegados al libro se negaban tenazmente á abandonarlo.

Cuando Magno se vió enfrente de la casa de su tío, pensó que estaba demasiado léjos de Francfort para volverse á pié y entró á pedir un asiento en la mesa del margrave. Todos le recibieron con los brazos abiertos; su linda prima estremeciósede gozo al verlo y un instante despues de su llegada, dió principio la comida.

Seis ó siete eran los convidados del margrave. Magno tomó asiento junto á un anciano que habia tratado íntimamente á sus abuelos; aleman rancio, filósofo decidido, polemista como ninguno y fanático partidario de Swedemborg. Con semejante vecino, el barón de Heberghem apenas gustó los platos que le sirvieron, porque aquel le entretuvo probándole del modo más evidente la aparicion de Jesus á Swedemborg en la taberna de Lóndres. A los postres, Magno notó que no habia comido nada, pero en cambio quedó convencido de que las conversaciones del apóstol sueco con los muertos ilustres que evocaba, eran un hecho real que no podia ponerse en duda.

Luego que anoheció, montó en el coche que su tío habia mandado enganchar para que volviese á Francfort. Magno no habia hablado á nadie de su libro y hasta llegó á olvidarlo durante la comida, pero á penas se halló solo por segunda vez, espermentó de nuevo aquella sensacion de peso que tanto le habia molestado algunas horas antes.

## VI.

Cuando llegó á casa, encontró encendida la chimenea de su biblioteca, gracias á la solicitud de su criado Gottlieb que comenzaba á inquietarse con tan insólita tardanza, y acercando

oro, le acariciaba con sus miradas más dulces, con sus más seductoras sonrisas. Tampoco era que fuese ambicioso, puesto que habia rehusado muchas veces los títulos y honores con que le brindaban los grandes del país. Su desgracia consistía en tener un carácter constantemente indeciso, un escepticismo exagerado y una sed devoradora é insaciable de saber. Nada le agradaba, nada le conmovía fuera de la ciencia; tomar una resolucion, discutir algo que no fuese un problema filosófico, eran cosas superiores á sus fuerzas. Asi es que pasaba la mayor parte de su vida tendido en un divan de su biblioteca, donde devoraba sin método todo género de libros, para *decidirse* por todas las opiniones, por todas las escuelas, por todos los sistemas.

De cuando en cuando solia salir de casa por su propio gusto para ejecutar una buena accion, pero era preciso que se le sacára por fuerza para tomar parte en una diversion.

Magno habia ido á la almoneda de Otto sin saber por qué, sin voluntad, sin objeto, sin ánimo de comprar nada. La muchedumbre le habia encontrado en la calle y le habia arrastrado consigo sin que él tratára de resistirse. Le era más sencillo, ménos incómodo dejarse llevar por el gentío que abrirse paso por medio de él para marchar en sentido contrario.

Las voces de los vendedores, las disputas, los gritos de alegría ó mal humor de los compradores, no habian podido sacarle de su éxtasis. Indiferente como el destino que era su dios, habia presenciado el combate de dos furiosos bibliomanos que se disputaban un Nuevo Testamento griego de Robert Estienne de 1549, en dieziseisavo con las dos erratas y aun no daba muestras de salir por de pronto de aquel tenaz arrobamiento en que se hallaba sumerjido.

Un incidente imprevisto vino á sacarle de él.

## IV.

—Señor baron, vuestro es,—le dijo un viejecillo flaco y ce-trino alargándole un libro encuadernado en pergamino todo